

La supremacía del lenguaje: Las formas de Comunidad en El gaucho Martín

Fierro y La vuelta de Martín Fierro.

Lucas Martín Adur Nobile

Seminario Interdisciplinario Permanente de Literatura y Teología.

Universidad Católica de Buenos Aires

Abstract

Este trabajo se enmarca dentro del proyecto del Seminario Interdisciplinario Permanente de Literatura y Teología (UCA) de una relectura, en vistas al bicentenario de la Revolución de Mayo, de un recorte de textos significativos de la literatura argentina.

Nos detendremos en este caso en dos textos sin duda fundamentales del siglo XIX: *El gaucho Martín Fierro* (1872) y *La vuelta de Martín Fierro* (1879). Pese a que ciertas lecturas (y ediciones) tienden a homogeneizarlos se trata de dos textos muy distintos. En este trabajo exploraremos las diferencias en las formas de comunidad que define cada uno, fundadas en una cierta concepción del lenguaje. En la *Ida*, la oposición entre palabra oral y palabra escrita definía dos comunidades antagónicas (letrados/iletrados). Intentaremos demostrar que en la *Vuelta* es otra concepción del lenguaje lo que permite fundar una comunidad que, bajo la categoría de **cristianos** integre a letrados e iletrados excluyendo a aquellos que no hablan la misma lengua (indios, extranjeros).

*“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios
y la Palabra era Dios”*

Juan, 1 1-3

De letrados/ iletrados a cristianos / no cristianos

“Pues de todos los bienes / **en mi inorancia lo infiero**, / que le dio al hombre altanero su Divina Magestá, / **la palabra es el primero**, / el segundo es la amistad.”ⁱ

En la cárcel, sufriendo “...un silencio tan profundo / que parece que en el mundo / es el único que está”ⁱⁱ, el Hijo Mayor de Fierro realiza, en la *Vuelta* esta declaración sobre la supremacía de la palabra, don otorgado por Dios a los hombres.

¿Qué sucedía con el lenguaje en la *Ida*? En los versos 2155 a 2175 de la *Ida* se enumera lo que dio Dios al hombre, diferenciándolo de lo que dio al resto de la creación. Aquí también aparece el don del lenguaje (“le dio al hombre más tesoro / al darle una lengua que habla”ⁱⁱⁱ), pero es solo uno entre varios bienes. Este carácter de “don principal” que

adquiere el lenguaje en la Vuelta nos llama a reflexionar sobre las consecuencias de esta jerarquización.

La Ida se abre con una clara oposición: letrados / iletrados (“Yo no soy cantor letrado”^{iv}) situándose Martín Fierro en el segundo término. Como nos han recordado Borges, Rama y otros, esto no significa que el autor sea efectivamente un analfabeto. Se trata de un “uso letrado de la voz gaucha” (Ludmer). Pero, en la diégesis, la comunidad que se intenta constituir es claramente iletrada: un gaucha hablando a otros gauchos. La elite intelectual es, en el mundo del poema, “los otros”.

Pero en la Vuelta, las cosas son distintas. La jerarquización del lenguaje que hemos leído es inferida en la ignorancia, por un ignorante, por un iletrado. No puede pensarse entonces que este “don de la palabra” se refiera a la palabra escrita, la del “cantor letrado” y encuadrarse en la misma oposición con la que comenzaba la Ida (elites letradas / gauchos analfabetos). La oposición que surja será entonces entre la palabra y algo distinto: una no-palabra, no-lenguaje.

Este será por un lado el del silencio que rodea al Hijo mayor en la penitenciaría, pero también, “la no palabra de los indios”^v. **Tanto la cárcel como las tolderías son entonces, los lugares del no-lenguaje**^{vi}. La oposición que surja será, de alguna manera anterior, más básica que la de letrados / iletrados:

“Sin poder decir palabra / sufre en silencio sus males / y uno en condiciones tales / **se convierte en animal** / privado del don principal / que Dios hizo a los mortales”^{vii}.

Privado del lenguaje, el hombre se convierte en animal. Humano / animal, humano / no humano, o tal vez, lo más apropiado sería pensar en términos de una oposición muy presente en el texto: **cristiano/ no cristiano**. A los fines de este trabajo, definiremos cristiano en el Martín Fierro como **el que habla la propia lengua**. Esto excluiría, principalmente, a los indios (Dentra al cerco un indio viejo /y allí a lengüetiar se larga / **Quién sabe qué les encarga** ^{viii}) pero también a los gringos (Era un gringo tan bozal / que **nada se le entendía** / ¡Quién sabe ande sería! / **Tal vez no juera cristiano** ^{ix}) a quienes no se les entiende lo que dicen¹.

Por otra parte, el término “cristiano” daría cuenta de la relación particular del lenguaje con lo divino. El indio “lenguaraz”, el que hablaba la lengua de los gauchos, “**cristiano** anhelaba ser”^x. Por el contrario, los no-cristianos suelen ser malditos (siguiendo a Ludmer: tanto en un sentido activo como pasivo: los que son maldecidos y los que no

¹ También podríamos incluir entre los excluidos del lado cristiano a los “gauchos malos” como el Viejo Vizcacha: hereje y reducido, en sus últimos momentos, al silencio y la animalidad.

saben decir, dicen mal^{xi}). Esto ocurre con los indios (“Parece que a todos ellos / los ha maldecido Dios.^{xii}) y los gringos (y al gringo la noche entera / lo harté con mis maldiciones.^{xiii})

Ahora bien, definido el término negativo de esta oposición, cabría pensar el término positivo. Lo que queremos destacar fundamentalmente, es que en la categoría de cristiano, letrados y no letrados tienen un ámbito común, al oponerse a los no cristianos, que permite asociaciones difíciles de pensar en la *Ida*. En el lenguaje, don supremo otorgado por Dios a los hombres, letrados e iletrados encuentran la posibilidad de formar una comunidad nacional, lo que excluye, como hemos dicho, a indios y a extranjeros. Es un procedimiento similar al que usa Fierro en el más famoso de sus consejos: la comunidad, nacional o familiar, se define contra una amenaza externa (“los hermanos sean unidos... porque si entre ellos pelean / los devoran los de ajuera”)².

Comunidad de cristianos: gauchos y letrados

Para empezar a pensar esta relación son particularmente interesantes, dos versos, nuevamente del Hijo Mayor en la *Penitenciaría*: “Allí lamenté mil veces / no haber aprendido a leer”^{xiv}. Este lamento puede leerse casi como un desafío al Padre, al menos al Padre de la *Ida*, que encontraba su gloria en la condición de cantor iletrado o quizás como una formulación del deseo que José Hernández manifiesta en uno de sus prólogos: “¡Ojalá que Martín Fierro haga sentir a los que escuchan al calor del hogar la relación de sus padecimientos, el deseo de poderlo leer!”^{xv}.

En cualquier caso, este deseo de un iletrado de aprender a leer era impensable en la *Ida*, donde “el libro es un indicio más de esa cultura de la que el gaucho se proclama ajeno”.^{xvi} Confróntense los versos de la *Ida* “Y todo era alborotar / al ñudo y hacer papel”^{xvii} con los de la *Vuelta* “Completan su sacrificio / no dándole ni un papel / que acredite su servicio”^{xviii}. Si en la *Ida* el “papel” es algo del orden de lo inútil, en la *Vuelta* es considerado tan necesario como para reclamar por su ausencia.

El cierre de la *Vuelta*, nombrándose como libro (“no se ha de llover el rancho / en donde **este libro** esté”) está claramente más cerca de la cultura letrada, que la *Ida* que se cerraba nombrándose como relato (“Y ya con estas noticias / mi **relación** acabé”^{xix}).

² De más está decir que no compartimos este proyecto de país. Solo analizamos el presentado en el poema

En términos de este ámbito común se puede pensar también la alianza entre la Bruja y Picardía, un gaucho y un letrado^{xx} y en la victoria de Martín Fierro en la payada con el moreno, conseguida “apelando a la letra”^{xxi}, como ha señalado Schwartzman, “...ha triunfado, ante todo, (...) con las despreciadas armas del liberato.”^{xxii} (Recordemos brevemente: Fierro derrota al moreno en la payada porque éste, sabio en las cosas del campo y los misterios de la vida, no sabía que meses se escribían con erre).

A propósito de la payada, otra consecuencia de la supremacía de la palabra en la Vuelta es que “...el duelo a cuchillo se ha transformado en duelo verbal”^{xxiii}. Vale pensar que en la Ida lo que comenzaba como desafío verbal (los insultos al moreno y al otro gaucho)^{xxiv}, se resolvía a cuchillo, mientras que en la Vuelta (“Yo ya no busco peleas / las contiendas no me gustan”^{xxv}), todo queda en el ámbito del lenguaje (a no ser que consideremos “El fin” de Borges). La excepción confirma la regla: el duelo a cuchillo de la Vuelta (canto IX) es de Martín Fierro contra el indio, el no cristiano, con el que no hay posibilidad de resolver el conflicto en términos de lenguaje: “**Mudos sin decir palabra / peleabamos como fieras.**” (aquí de nuevo, el no lenguaje animaliza)^{xxvi} Entre cristianos y no cristianos, las cosas solo pueden resolverse mediante la violencia física. Frente a esta **batalla muda**, tenemos en la Vuelta (además de la payada final) una **batalla verbal**: la escena del “güey corneta”^{xxvii} (recordemos brevemente: una voz letrada del público interrumpe la relación de Fierro para corregir sus errores de expresión). Esta escena ya ha sido muy analizada por la crítica, pero nos interesa señalar dos cosas, en lo que atañe a este trabajo. Lo primero es que este duelo, por el solo hecho de ser verbal, implica un ámbito común que lo distingue marcadamente del duelo a cuchillo con el no cristiano.

Por otra parte, puede servir para pensar esta escena, un fragmento del prólogo de la Vuelta: “...naides por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo u otros barbarismos semejantes **cuya enmienda le está reservada a la escuela llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar**”^{xxviii}. El poema está “...destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva...”^{xxix}, pero ese logro, “...no puede hacerse con una simple traducción o corrección de la lengua oral por la palabra letrada.”^{xxx}, debe respetar el “vacío” existente, respetar la voz del otro. Hernández “fue un liberal clásico”^{xxxi} y reconocía la necesidad de “enmendar barbarismos”, la necesidad de escuela (“Debe el gaucho tener casa / **escuela**, iglesia y derechos.”^{xxxii}) para uniformar una comunidad nacional. Pero era consciente de la realidad del país. Hernández justifica la utilización del lenguaje gauchesco, “por el

criterio de utilidad, excusa hecha de sus deficiencias que deben ser corregidas por la escuela^{”xxxiii}. En los términos en que estamos trabajando, podríamos pensar que el lenguaje, debe ser aprovechado en tanto ámbito común, en lugar de intentar señalar las diferencias. El error del representante de la cultura letrada no sería, desde esta perspectiva, el querer corregir los barbarismos, sino la forma en que intenta hacerlo. El querer saltar sobre el vacío terminaría limitando al poema a ser apto solo para “hablar entre liberatos”, excluyendo a los iletrados.

El poema, por el contrario, intenta encontrar o crear las coincidencias y diferencias que le permitan simultáneamente fundar una comunidad nacional y definir un exogrupo, que funcione como la amenaza que garantiza la unidad del endogrupo.

Conclusión: Nosotros y los otros

Si la Ida concluía con Martín Fierro y Cruz adentrándose en el desierto (tierra de los otros por excelencia: los indios) y en el silencio (rompiendo la guitarra), la Vuelta concluye con lenguaje. El legado de Martín Fierro es, ante todo lingüístico, un legado de palabras (consejos). El narrador final, también insistirá en legarnos palabras: “Y guarden estas palabras / que les digo al terminar.”^{”xxxiv}. Los gauchos no forman aquí comunidad que se va (como en la Ida) sino que se separan para integrarse a la comunidad de los letrados. La idea de comunidad esbozada en ambos poemas es, como vimos, radicalmente diferente.

En la perspectiva del bicentenario consideramos importante releer este texto fundacional de nuestra literatura. Hemos visto cuál fue la propuesta de Hernández en la Vuelta: una comunidad, fundada en una lengua común, de origen divino, que incluía tanto a letrados como a no letrados pero excluía fuertemente a los indios e incluso a ciertos extranjeros. El cristianismo no funciona en este texto como una fuerza de unidad sino como un criterio de separación.

Nuestro país se fundó lamentablemente (tanto desde la literatura como desde la política, tanto en los discursos como en los hechos), definiendo enemigos y dejando afuera a muchos. El trabajo por hacer es descubrir y ampliar los espacios de **diálogo** que permitan pensar una comunidad que nos incluya a todos nosotros, a nuestra posteridad y a todos los hombres del mundo. Una comunidad católica, solo si entendemos por esto universal.



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar

- ⁱ José Hernández, *Martín Fierro*, Barcelona, Editorial Sol 90, 2000, *La vuelta de Martín Fierro* v. 2019-2024. De ahora en adelante, en las citas del poema solo se indicará *Ida* o *Vuelta* y la numeración de los versos.
- ⁱⁱ *Vuelta*, v. 1842-1844
- ⁱⁱⁱ *Ida*, v 2171-2172
- ^{iv} *Ida*, v. 49
- ^v Josefina Ludmer, *El género gauchesco*, Argentina, Libros Perfil S.A., 2000, Capítulo cuatro “Pacto y Patria”, p.234
- ^{vi} Algunos puntos que justifican esta afirmación son: que “el silencio causa horror”(Vuelta, v. 2032) tal como las voces de los salvajes: “con alaridos que aterran”(Vuelta, v. 288) “las voces aterradoras” (Vuelta, v. 292); la prohibición de conversar que rige en ambos lugares “No pude tener con Cruz/ ninguna conversación; / no nos daban ocasión.” (Vuelta, v. 397-399) “Conversamos con las rejas / por sólo el gusto de hablar/ pero nos mandan callar” y la actitud común de recordar ante la imposibilidad de comunicarse: “y mis pensamientos fijos/ en mi mujer y mis hijos, / en mi pago y en mi amigo”(*Vuelta*, v. 964-966) “En mi madre, en mis hermanos, / en todo pensaba yo.”(Vuelta, v. 1905-1906).
- ^{vii} *Vuelta*, v. 2007-2012
- ^{viii} *Vuelta* v. 265-267
- ^{ix} *Ida* 847-850
- ^x *Vuelta*, v. 782
- ^{xi} Josefina Ludmer, op. cit, p.241
- ^{xii} *Vuelta*, v. 581-582
- ^{xiii} *Ida*, v. 887-888
- ^{xiv} *Vuelta* 1963-1964.
- ^{xv} Miguel Hernández, Carta a los editores de la octava edición en Antonio Pagés Larraya, *Prosas del Martín Fierro*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 233
- ^{xvi} Julio Schwartzman, , *Microcrítica*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1996, *El gaucho letrado* p. 170. Schwartzman extrae esta conclusión, entre otras, de una cita de la *Ida* (“yo también dejé las rayas / en los libros del pulpero”)
- ^{xvii} *Ida*, v 781-782
- ^{xviii} *Vuelta*, v. 3686-3688
- ^{xix} *Ida*, v. 2305-2306
- ^{xx} Señalada por Ludmer, op. cit. p. 260, aunque desde otra perspectiva
- ^{xxi} Julio Schwartzman, op. cit. p. 161
- ^{xxii} Julio Schwartzman, op. cit. p. 172
- ^{xxiii} Josefina Ludmer, op. cit., p. 250
- ^{xxiv} Me refiero aquí especialmente a la *Ida* v. 1154-1178, donde desafía al moreno y en los v. 1292-1294, donde responde al desafío del otro gaucho.
- ^{xxv} *Vuelta*, v. 4513-4514
- ^{xxvi} *Vuelta*, v. 1283-1284
- ^{xxvii} *Vuelta* v 2451-2480
- ^{xxviii} Miguel Hernández, “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, en *Martín Fierro*, ed. Cit., p. 90-91
- ^{xxix} Miguel Hernández, “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, en *Martín Fierro*, ed. Cit., p 89
- ^{xxx} Josefina Ludmer, op. cit., p. 244
- ^{xxxi} Rodríguez Molas, “José Hernández, discípulo de Sarmiento” Citado por Noé Jitrik en op. cit.
- ^{xxxii} *Vuelta*, v. 4827-4828
- ^{xxxiii} Noé Jitrik, op. cit
- ^{xxxiv} *Vuelta* 4865-4866